

La crisis UGT-Gobierno en la Banca

Antxón Sarasqueta

MADRID, 29. Lid. El enfrentamiento Gobierno y el sindicato socialista UGT, ha sufrido hoy su prueba de fuego en la huelga bancaria. Sobre todo respecto a las tensiones internas de UGT, entre radicales y moderados, estos últimos dirigidos por su secretario general, Nicolás Redondo. A este respecto, el presidente del Gobierno y líder del PSOE, Felipe González, ha desarrollado hoy mismo un discurso que pronunciará el domingo, día 1, al término de la manifestación del sindicato ugetista. Intervención pactada con Nicolás Redondo.

El primer día de huelga en la Banca después de la anterior convocatoria, ha provocado gran preocupación en el Gobierno, y enfrentado, con mayores tensiones, a la patronal bancaria con los sindicatos negociadores. Tensiones, que revelan uno de los mayores despropósitos de las partes negociadoras, cuando se tienen sobre la mesa, elementos más que suficientes para llegar a acuerdos sólidos. Resulta por otra parte inconcebible, que el dirigente ugetista en el sector bancario, el radical Justo Fernández, se dedique

a estas alturas a la manifestación, a solicitar un boicot internacional a la Banca española. Precisamente cuando uno de los elementos de entendimiento, no solamente económico sino desde la perspectiva política del cambio, es el de los acuerdos entre el Gobierno y la Banca. Sector, que por boca de sus principales representantes, apoya decididamente la política del Gobierno González. En este sentido: El ministro de Economía y Hacienda, Miguel Boyer, atraviesa uno de sus momentos más difíciles, entre dos fuegos, cuando el que más le quema es el de su sindicato socialista. Curiosamente, tanto Justo Fernández como el presidente de la patronal bancaria, Rafael Termes, (este apoyando más al Gobierno que aquél) han recibido en las últimas horas fuertes críticas de sus representantes.

Dos versiones de toda solvencia: Redondo afirma que Fernández, «se está pasando» y ha llegado a pedir como fórmula mediadora el principal líder ugetista, la intervención del Gobierno. El presidente de la Gran Banca, criticaba hoy a los negociadores de la AEB por no producir mayor ingenio y flexibilidad en las negociaciones.

Uno de los balances más notorios para la población que sufre las consecuencias de la huelga, es que los servicios de un sector tan decisivo, se ven prácticamente paralizados, al producirse graves tensiones y conatos de violencia. De otro lado, en las reivindicaciones, tenemos que los tres puntos que solicitan los sindicatos por encima del mínimo de la patronal dentro del acuerdo interfederal, con esta segunda fase de la huelga, se han perdido. Pero también, el grado de tensión alcanzado, repercute en la estabilidad de uno de los sectores claves de la economía en uno de los momentos más delicados.

Las centrales solicitan el 12,5 por ciento de aumento salarial, con el 1,5 por ciento más como reclasificación de categorías a añadir la reducción por ley de dos horas semanales en el horario laboral. Todo esto unido al fuerte aumento de las cuotas de la Seguridad Social de gran incidencia en la Banca, más las retenciones de dos puntos en el coeficiente de caja (300.000 millones) decretados en los últimos cinco meses por el Gobierno, hace en su conjunto que el precio del dinero aumente necesariamente para las empresas, con especial perjuicio para la pequeña y mediana empresa. Una de sus primeras consecuencias sería el perjuicio para los puestos de trabajo.

Por su parte la patronal bancaria se mantiene en el 9,5 por ciento de aumento, que es el mínimo del acuerdo interconfederal suscrito por la patronal CEOE y los sindicatos, y combatido por el sector bancario. En ese sentido el Banco de España y el Fondo Monetario Internacional, dentro del análisis sobre la grave crisis económica y sus posibilidades de recuperación, recomendaron una banda salarial reducida en un punto sobre la inflación prevista y establecida en el AI.



La «Garriguesvisión»

Pilar Cernuda

MADRID. Antonio Garrigues tiene más moral que el Alcoyano. Le han negado espacios electorales en televisión y ha decidido montar su particular show televisivo para explicar a los españoles y sobre todo a los madrileños su programa electoral. Y nada mejor que seguir el ejemplo de Coria: desde un local secretísimo se emitirá un programa que podrá verse en pantalla en cuanto aparezca en televisión el escudo real que anuncia el fin de la emisión de noche. El problema es que en Prado del Rey están a la caza y captura de ese programa pirata. Y han estudiado ya métodos expeditivos para que Garrigues no se salga con la suya. Si le dejan emitir y luego le ponen una multa, malo, porque le ponen en la mano automáticamente miles

de votos de todos los que se colocan siempre al lado del pobrecito perdedor. Y no habremos de medidas aún más radicales, como mandarle al estudio —una vez descubierto el escondite— a una pareja de guardias por ejemplo, que le impidan llevar a cabo su estrategia electoral.

Finalmente, han decidido los ejecutivos de Prado que nada mejor que empezar a emitir una carta de ajuste en cuanto acabe la programación, con lo que no aparecería en pantalla la imagen simpática de Garrigues, sino esos dibujos geométricos que siempre demuestran que el televisor no está exactamente bien sincronizado. Pero para eso hace falta saber también qué día va a emitir Garrigues su programa. Un follón. Todo un jeroglífico que trae de cabeza a los de la radiotelevisión es-

tatal, que no están dispuestos a pasar por el bochorno de que les metan un gol así en plena campaña electoral.

Garrigues ya ha grabado su programa, y ha quedado estupendo según los que le han visto. Cuenta con que le corten su intervención al cuarto de hora de empezar, pero espera que no antes. Sin embargo, los Calviño-boys aseguran que, si saben cuándo va a emitir, no sale en pantalla ni un par de segundos. Y ahí está el problema. El gran reto que tienen los del PDL: si no anuncian qué día va a salir su líder en la tele los españoles van a apagar la televisión en cuanto acabe el telediarío. Y si lo anuncian, los superpoderosos hombres de Prado del Rey dejarán a Garrigues con la sonrisa congelada en la pequeña pantalla antes de que pronuncie la primera palabra.



En el centenario del nacimiento del líder socialista

PRIETO Y EL PROBLEMA VASCO

Juan Pablo Fusi Aizpurúa

(CATEDRÁTICO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA)

En 1938, una de las personalidades más serias del nacionalismo vasco, don Manuel de Irujo, escribió que «Euzkadi deberá agradecer siempre, sean cuales sean las incidencias de la política y de la guerra, la promulgación como ley en vigor de la «Constitución Autónoma Vasca» a seis personas, la tercera de las cuales era Indalecio Prieto. Irujo no hacía sino reconocer algo que apenas si hoy recuerda: que el primer Estatuto vasco en la historia, el de 1936, fue un Estatuto promovido por el Frente Popular e inspirado directa y personalmente por Prieto.

Desbordaría los límites de este artículo el exponer con detalle lo que fue la política de Prieto en torno al problema vasco. Pero me bastaría si estas líneas sirvieran para disipar dos opiniones toscamente ineptas que aún circulan contra toda evidencia y lógica: la tesis que reduce la política de Prieto a una suerte de oficialismo cursalista y antivasco y la mostrenca afirmación de que Prieto —y la izquierda— no entendieron el problema vasco.

De acuerdo con la evidencia histórica, hay que sostener lo contrario —o al menos, argumentos mucho más justos y matizados—. En mi opinión lo que definió la política de Prieto fueron las tres notas que siguen: 1) no ser una política negativa de lo vasco, sino ser una política democrática y progresiva; 2) tener desde muy pronto una dimensión «potencialmente regionalizadora», concretada desde 1930 en el apoyo a una autonomía vasca en el marco constitucional de una España democrática; 3) ser una política radicalmente divorciada de los planteamientos del nacionalismo vasco (aunque hubiera concordancias coyunturales) y eso, por dos razones: porque la idea de autonomía de Prieto y los socialistas no suponía la aceptación de la idea de nacionalidad tal y como la entendía el nazismo (exclusivamente racial, ultrarreligiosidad, reduccionismo lingüístico y cultural, etcétera); y porque el espíritu democrático y obrerista del socialismo vasco era incompatible con el tradicionalismo reaccionario del primer nacionalismo vasco.

He dicho que Prieto tuvo sensibilidad y percepción hacia el hecho regional vasco desde muy pronto. Por lo menos, desde su intervención en el debate parlamentario sobre el nacionalismo en abril de 1918. Allí defendió los Fueros; allí dijo que su partido no tenía inconveniente alguno en sumarse a «esas esencias de los Fueros vascongados en lo que tienen de democrático». Y dijo más: explicó el nacionalismo como un movimiento «de protesta» contra la política seguida en el País Vasco desde 1876 y censuró lo que llamó «funestos errores de percepción» cometidos desde Madrid sobre todo, en no haber intentado jamás asimilar «el espíritu vasco» que definió como «profundamente fuerista, netamente fuerista, totalmente fuerista». Atribuir la aparición del nacionalismo al desconocimiento de los sentimientos locales colectivos y a los errores de una política centralista funesta: eso es lo que, en síntesis, dijo Prieto nada menos que en 1918.

Dijo también que su partido asumió una idea democrática de los Fueros: es por eso por lo que yo decía que había, desde pronto, elementos potencialmente regionalizadores en su política. En abril de 1930, esos elementos se concretan en un ofrecimiento formal de autonomía. Meridianamente lo dijo en su discurso en el Ateneo del día 25 de aquel mes: autonomía —fue su oferta— para las regiones «con personalidad étnica verdaderamente definida», entre las que citó sólo dos: Vascongadas y Cataluña. Y no se trató de un ofrecimiento meramente verbal. Prieto propuso al movimiento republicano de oposición al régimen de Alfonso XIII que la República diese la autonomía no sólo a Cataluña, sino al País Vasco; impuso, ya en el poder, que el Estatuto de Cataluña se firmase solemnemente no en Madrid o en Barcelona... sino en San Sebastián, en lo que fue una promesa formal de autonomía vasca; y finalmente, como ya he dicho, impuso personalmente el Estatuto del 36.

Pero, claro, la idea de la autonomía y esa manera de entender el problema vasco no coincidían con las aspiraciones del nacionalismo. Primero, la autonomía vasca

que quería Prieto exigía la aceptación del marco constitucional como ley superior del Estado y no admitía otra soberanía que la del Parlamento libremente elegido. Que eso excluía la idea de una soberanía vasca, la independencia y la autodeterminación es más que claro; y sobre ello ya se ha insistido bastante. Tanto, que se olvida el otro gran motivo de discrepancia entre Prieto y los nacionalistas. Prieto veía —genuina y sinceramente— en el nacionalismo la negación de la tradición liberal de Bilbao y un movimiento reaccionario —por confesional y etnicista—, incompatible con las aspiraciones de la democracia moderna. Decir que Prieto no entendió el problema vasco es no entender lo que Bilbao y su tradición liberal y democrática fueron en la historia vasca —y eran— en la política local en tiempos de Prieto. Prieto entendió el problema vasco y vio en él la expresión de los sentimientos particularistas de una región con personalidad étnica (esto es, cultural) e histórica definida. Lo que hizo es discrepar radicalmente de la concepción nacionalista.

La política de Prieto respecto al problema vasco fue una política positiva de afirmación y defensa de los principios, valores e ideas democráticos (en los que entraba la autonomía). Tal política fue, además, asumida desde la conciencia de superioridad ética que confiere la certidumbre de encarnar la concepción progresiva de la historia. Hasta la guerra civil, fue la izquierda, Prieto y los socialistas quienes en el País Vasco tuvieron a su favor toda la legitimidad democrática: por su origen y por algunos elementos de su ideología, el nacionalismo vasco careció de ella; un hecho, además, que casi nadie puso entonces en duda.

Pero esa cuestión nos llevaría muy lejos y abriría una interminable (y muy comprensible) discusión. Lo que nadie podrá negar es que el prietismo fue la expresión del espíritu radical y democrático de Bilbao casi durante un siglo; ser prietista fue, por tanto, una forma de ser bilbaíno y, por ello, una forma de ser vasco.